

Miss

Cuando comenzó el desfile de las setenta aspirantes a convertirse en una de las chicas participantes del Miss Venezuela 2001, solo se vio el parpadeo de los flashes cuando tocó el turno de una rubia que había sido ganadora del Hawaiian Tropic del año anterior. Cuerpo rotundo y bronceado de un metro setenta de estatura que, a pesar de estar por debajo de la media de una miss, destacaba del resto de chicas por sus curvas. Esa noche se celebraba el primer casting abierto que realizaba la organización Miss Venezuela en su historia. Hasta entonces, todas las concursantes eran elegidas por su organizador, Osmel Sousa, quien decidía cuál joven, incluso antes de que cumpliera la mayoría de edad, podía intentar abrirse camino en el mundo del modelaje, la actuación, la belleza.

La jornada había comenzado con un agasajo en la *suite* presidencial, donde el comité seleccionador se distinguía de los demás invitados vip por una medalla en la solapa. Dos guardaespaldas precedieron al hijo del vicepresidente

de la República para que saludara a uno de los miembros del jurado, una diseñadora de bañadores con quien se retrató para las páginas de Sociedad y con la que mantenía un romance. Mientras tanto, varios pisos más abajo, en las mesas del Gran Salón se sentaban las madres, los padres, los hermanos, los novios de las candidatas. Los mil familiares que llenaban el lugar desplegaron pancartas y carteles con ruido de pitos, matracas, gritos y silbidos.

A las nueve de la noche comenzó el desfile, cuando la música folclórica se mezcló con el *hit techno* de los franceses Modjo. El primer aplauso de la noche fue para Sousa, «el gran hacedor de la belleza», vestido con un liquiliqui negro adornado con un pañuelo turquesa en el bolsillo del pecho. Sousa presidía un jurado de cuarenta empresarios, políticos, gente del espectáculo y el odontólogo oficial del certamen.

Nada más empezar, surgió un protagonista inesperado sobre la pasarela blanca: el calzado tenía un tacón altísimo que provocaba traspiés entre las principiantes. El zapato de la señorita número 44 voló unos metros más allá y ella se salió de la línea recta para recogerlo. Entre tanto, Sousa, con un vaso de jugo de tomate sin probar, anotaba sobre la hoja de vida de cada modelo. Sus chicas pasan por quirófano, donde se tallan la nariz, aumentan el busto, aplican masajes reductores, liman mentón y pómulos. Para entonces, ya relajados, los fotógrafos bebían whisky en una mesa al pie de la pasarela y no desenvainaron la cámara con otros modelos. Algunos fotógrafos solo dispararon el flash, sin consumir el carrete, como si le guiñaran un ojo a la surfista.

—¿Cuál de ellas quedará? —pregunté a uno de ellos.

Sin titubear, mencionó tres números. Ninguno era el de la rubia Hawaiian Tropic.

Después del último desfile conjunto, se anunció quiénes eran las dieciséis finalistas. Aparecieron en la pasarela. El jurado escogería solo tres. A medianoche, el veredicto favoreció a las tres mujeres que anunció el fotógrafo.

—¿Cómo lo supiste?

—Eran las tres más altas —respondió.

De fondo, como despedida, las notas del himno de la belleza venezolana: «En una noche tan linda como esta, cualquiera de nosotras podría ganar». El espectáculo llegó a su fin. Al pie de la pasarela, la madre de una de las ganadoras intentaba detener el tránsito para fotografiarse con su hija. Un poco más allá, la rubia Hawaiian Tropic, ya en bluyín y mezclada con el público, se consolaba con la mención Miss Fotogenia.

—Ay, pero si tú eres bella —le dijo una mujer al pasar.

Un grafiti aclara el origen del grito: «Maldito sea el que alce su arma contra el pueblo».

#

No es la «violencia» la que se cobra la vida de quienes protestan contra la inseguridad y la escasez. Son los funcionarios del gobierno quienes asesinan a seis personas en tres días. A Geraldine Moreno, estudiante de citotecnología en la Universidad Arturo Michelena, le desfiguraron el rostro con un tiro de perdigones. El militar de la Guardia Nacional Bolivariana que disparó estaba tan cerca que en la escasa superficie de su cara se enterraron más de treinta dardos de plomo. Lo hizo cuando ella estaba en el suelo, a mansalva. Perdió ambos ojos del impacto. Protestaba en el conjunto residencial Bayona Norte, en Yazajal, cerca de Naguanagua, a las ocho de la noche del 19 de febrero. Ingresó en el hospital Metropolitano Norte en estado crítico. Para reunir el dinero con que comprar medicamentos y sufragar las intervenciones quirúrgicas, su familia, de escasos recursos, divulgó un primerísimo primer plano de cómo estaba el rostro de la joven de veintitrés años. La imagen se comparte junto a otra, donde la morena de amplia y perfecta sonrisa posa con su gorra tricolor, con la bandera de Venezuela.

Las palabras usadas durante quince años por la retórica chavista para condenar a sus opositores lucen desnudas y vacías por los hechos, por los orígenes de los asesinados. No son «oligarcas», «ricos», «mercenarios». Son pueblo, más pueblo que la burocracia que se ha apoderado de los

recursos del país. Una burocracia transnacional. Geraldine morirá horas después.

#

Los testimonios visuales delatan a los homicidas y son incontestables. Las ventanas son enemigas de la impunidad. Las ventanas de las casas y de las redes sociales. Los grupos armados, tanto los estatales como los paraestatales, toman medidas de fuerza cuando se ven cercados por tantos ojos, cuya visión es imborrable. Donde suenan carcerolas, la Guardia Nacional lanza bombas lacrimógenas, a los balcones, a las ventanas.

En una esquina de Caracas, en un puñado de segundos, se cuentan veintidós motos. En cada una dos uniformados. El de atrás dispara a las ventanas. Desde arriba le lanzan dos bombas molotov. Los uniformados desmontan y peinan las calles adyacentes con sus balas, hacia delante y hacia arriba.

—¡Malditos! —les gritan.

Los policías se dan por satisfechos con el escarmiento cuando las dos botellas rotas apenas humean.

Otro vídeo desde una ventana: con la cacha del fusil, soldados de la Guardia Nacional rompen los cristales de los automóviles estacionados, y los incendian.

Las fuerzas del Estado ya van a por los celulares y contra las ventanas. En la avenida Urdaneta, esquina de Candilito, la Guardia Nacional detuvo a Alejandro Márquez, ingeniero de cuarenta y tres años, e intentó despojarlo del teléfono con el que grababa. Márquez huyó, le dispararon, tropezó, se golpeó la cabeza. El mi-

litar llegó a su lado, le golpeó aún más y le quitó el celular. Permanece en coma. Y fallece.

#

Las muertes de aquellos que cayeron en estas jornadas de protestas civiles serán revividas una y otra vez en la memoria colectiva, compartida en redes sociales, incluso cuando los verdugos gocen de impunidad y las instituciones al servicio del poder no deploren a los que, debiendo proteger a las víctimas, no actuaron.

